

Constructores mediáticos de la diversidad

Néstor García-Canclini, Universidad Autónoma Metropolitana de México - ganc@xanum.uam.mx

Resumen

Un joven arqueólogo chino, especializado en los vínculos entre antropología y comunicación en México, viaja con una beca a España y París. Se hacen preguntas sobre el papel del "patrimonio de la humanidad" en la construcción de dudosas consagraciones políticas de universalidad, los usos de los museos multiculturales y las tecnologías electrónicas. ¿Cómo se reorientan, luego de los acontecimientos siniestros de Charlie Hebdo, la hegemonía política, la gestión de la diversidad y la comunicación postdigital? Turismo globalizado, disidencias y creatividad. ¿Cómo investigar la interculturalidad en esta etapa de porvenir tan incierto?

Palabras clave

Medios, interdisciplinariedad, museos, multiculturalidad, diversidad cultural, conectividad.

Recibió la comunicación el 4 de mayo de 2030: al arqueólogo chino le informaban que le habían otorgado la beca de postdoctorado para su investigación sobre comunicación y antropología en México. La carta lo desconcertó porque le pedían que cambiara su tema. El Secretario del Jurado le explicaba que había muchas tesis de doctorado sobre esta relación entre disciplinas en países latinoamericanos y en los Estados Unidos. El joven arqueólogo no lo sabía porque no había tenido acceso a los archivos del Centro de Inteligencia Científica y Tecnológica de Google, que sólo informaba a las altas autoridades de la investigación china. El gigante digital detectó que desde el siglo XXI se habían escrito más de 100 tesis sobre interdisciplinariedad y miles de ponencias. Estaban dispuestos a darle la beca si modificaba su tema y el jurado le sugería uno de interés estratégico para el gobierno chino: las disputas sobre diversidad comunicacional en los conflictos interculturales latinoamericanos.

El arqueólogo decidió aceptar el nuevo tema para cumplir su deseo de conocer finalmente México luego de haber estudiado las relaciones entre la antropología y la comunicación en las últimas décadas del siglo XX. Como los acervos de los principales antropólogos y comunicólogos latinoamericanos habían sido escaneados, y en algunos casos comprados, por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Shanghái, su tesis de doctorado estaba bien fundamentada. Pero le creaba enorme ilusión visitar las pirámides, los centros históricos y museos, comer chiles en nogada en Puebla porque le habían contado que eran incomparables con los que se probaban en los restaurantes nipomex de Kyoto.

El correo del jurado tenía otra sorpresa: no viviría su postdoctorado en México, porque los archivos que no podían consultarse en Shanghái estaban en un castillo cercano a Bilbao, en España. El arqueólogo sabía que después de la catástrofe económica europea iniciada en 2008 unos 3,000 pueblos españoles quedaron sin habitantes y fueron siendo comprados por inversores árabes, chinos y rusos. Todavía hace pocos años, en 2025, mientras buscaba páginas turísticas para organizar un viaje a España, apareció en su pantalla una propaganda del sitio aldeasabandonadas.com, con textos en ruso y japonés, comentarios de compradores asiáticos que elogiaban la belleza de esos pueblos hechos con piedras medievales y ahora podían comprarse por el precio del garaje para un coche en un estacionamiento de Londres. Le informaban que en un castillo de Biskaia, un confortable inmueble de siete plantas, salones con chimeneas, biblioteca, bodega y mazmorra, se había instalado recientemente la principal sede iberoamericana del Centro Chino de Investigaciones sobre Occidente. La beca incluía un viaje a París para trabajar dos semanas en el Museo del Quai Branly, hacer entrevistas a comunicadores y antropólogos franceses sobre el atentado de 2015 a la revista Charlie Hebdo, y la posibilidad de un viaje a México si el gobierno de ese país financiaba la estadía, pero aún no contestaban porque los recortes presupuestarios que estaban por aprobarse no permitían garantizar la seguridad militar que se requería para los arqueólogos que iban al campo.

1. Fronteras y turismo

Al llegar al castillo del País Vasco, imaginó que ese espléndido edificio del siglo XIII, remodelado en el XIV por la familia Butrón siguiendo el estilo de los castillos bávaros, en el XIX por el Marqués de Cubas, a comienzos del XXI por el Banco español que lo puso en venta y finalmente por empresarios chinos que fracasaron en su intento de darle atracción turística para celebrar bodas y ferias medievales, era una escenografía sugerente para explorar críticas a la noción de identidad y patrimonio de la humanidad que la UNESCO todavía seguía promoviendo.

Las antropologías occidentales habían relativizado desde fines del siglo XX la idealización del carácter puro o auténtico de las culturas, de los objetos y ritos, para dedicarse a examinar sus usos e intercambios, más allá de los significados sacralizados por cada comunidad. Aún después de extenuarse el entusiasmo de los posmodernos por el nomadismo, los antropólogos reconocían que las migraciones de las personas y las mercancías, las industrias culturales transnacionalizadas y otros procesos de globalización exigían etnografías multilocales. Los funcionarios de la UNESCO no habían sido indiferentes a estos cambios. Según había comprobado en los archivos de la nueva sede unesquiana construida en Beijing, no cesaban de agrupar monumentos, edificios, esculturas, pinturas, inscripciones, cavernas, creaciones orales y paisajes como patrimonio de la humanidad por su "valor universal excepcional". Pero esa categoría, inventada en 1972 para auspiciar la preservación de sitios históricos, había ido adaptando sus definiciones de excepcionalidad: primero justificaban los sitios patrimoniales por la "valorización estética", luego por su "autenticidad", hasta que se fue evidenciando el eurocentrismo, no sólo de esos conceptos sino de la lista de bienes consagrados. Pese a que al principio del siglo XXI ampliaron su horizonte a otros continentes, asombraba el mapa de 2014: de los 1007 sitios declarados patrimonio de la humanidad los países europeos contaban con 440, al bajar la mirada a África sólo se reconocían 89, América Latina tenía 131, América del Norte 39 (la mayoría "patrimonio natural") y Asia entera apenas 231. O sea que el resto, fuera de Europa, apenas contaba con 567 sitios sobresalientes. Casi la mitad de lo excepcional estaba en Europa occidental.

En un archivo que no se sabía bien por qué había ido a parar al castillo vasco, el arqueólogo chino encontró que en 2005 la UNESCO formó un Comité de filósofos, antropólogos, sociólogos y semiólogos para discutir los conceptos de patrimonio mundial y obras de valor universal sobresaliente. Los expertos se preguntaron si no sería más pertinente, en vez de averiguar qué es el patrimonio, explorar cuándo hay patrimonio. ¿Qué convierte en patrimonio de la humanidad a bienes locales tan heterogéneos como Tiwanaku en Bolivia, las cuevas de Altamira, el Taj Mahal en la India, la ciudad de Brasilia o la gastronomía mexicana, y también a decenas de bienes situados en Albania, El Salvador, Kazajistán y Sri Lanka, poco visibles en la desigual información y distribución geocultural del valor? ¿Esa diferencia ocurría porque su excepcionalidad patrimonial era menor o porque no habían intervenido en su fama ciertas religiones, las olas predominantes del turismo y de la comunicación mediática?

Miró las paredes medievales, en las que su buen entrenamiento como arqueólogo era insuficiente para detectar tantas capas de intervenciones y le pareció que las frases finales de una ponencia de aquel comité de expertos no sólo podrían orientar la errática insistencia patrimonializante de la UNESCO sino también contribuir a las etnografías: "¿Excepcionales en relación con qué? ¿Y cómo lograr que sean valorables por todas las culturas: occidentales y orientales, de élites y populares, de naciones ricas (con más recursos y personal calificado para construir y preservar sus edificios) y de naciones pobres (sin instituciones para guardar su memoria o saqueadas en las guerras)? Los estudios realizados por expertos de la propia UNESCO muestran que las sucesivas correcciones de este programa no han evitado discriminar a los más débiles o menos reconocidos por las instancias mundiales que controlan la acumulación económica, el

poder interpretativo y la difusión mediática, analógica o digital”.

Se acordó entonces de aquel paseo en 2009, cuando tenía 11 años y su padre lo llevó a conocer la Gran Muralla. Le había llamado la atención la sobria placa de 2 metros por 1.50 que acreditaba la distinción de la UNESCO: contrastaba con el gigantesco cartel, fechado en 2008 y colocado más arriba, en uno de los cerros por donde pasa el muro, con el logo de las Olimpiadas celebradas ese año en China: “One world, one dream”.

¿Dónde colocar el énfasis? Hace tiempo que se acepta la necesidad de examinar tanto los objetos como sus usos y desusos en la interacción social. El impacto de la globalización llevó también a indagar por qué tantas narrativas insisten en que todos tengamos un mismo sueño. ¿No es justamente cada frontera alzada y vigilada con muros, con soldados y miles de cámaras filmadoras (como en la de China), un modo paradójico de decir que hay un solo sueño válido? La obsesiva pared y el cartel olímpico excluyen los sueños de los otros, desconocen la diversidad.

2. Masivos Museos Multiculturales

Tenía digitalizados libros y videos del Museo Quai de Branly y el archivo de la revista Charlie Hebdo, pero esperaba que el viaje a París le permitiera enriquecer y matizar esa información con entrevistas y experiencias etnográficas. Conocía el origen del Museo como proyecto presidencial de Jacques Chirac y había leído que su creación en 2006 fue interpretada por analistas de la política cultural como un intento de aprovechar las magníficas colecciones parisinas de artes de África, Oceanía y las Américas para reactivar el protagonismo cultural de Francia, caído desde mediados del siglo XX cuando, como decía el famoso libro de Serge Guilbaut, Nueva York robó a París la idea del arte moderno.

Al llegar a las grandes paredes de vidrio reflejante del edificio diseñado por Jean Nouvel se preguntó: ¿por qué el Museo du quai Branly no lleva un nombre que anuncie su contenido? Supo que intentaron dársele: primero, Museo de las Artes y las Civilizaciones; luego, Museo de las Artes Primeras (una fórmula rebuscada para no decir “artes primitivas”). Asignarle finalmente un nombre que alude al lugar de París donde se sitúa contrasta con los fines anunciados: “hacer justicia a las culturas no europeas”, reconocer el lugar que ocupan sus expresiones artísticas en nuestra herencia cultural y también nuestra deuda con las sociedades que las han producido”. Las palabras inaugurales del presidente Chirac ofrecieron romper “con una larga historia de desprecio”, “devolverles toda su dignidad a pueblos humillados” y proclamaron el rechazo de cualquier jerarquía, tanto de las artes como de los pueblos.

La escasez de cédulas con referencias, y sobre todo la penumbra de las salas, en vez de comunicar los significados de las piezas y los desentendimientos históricos entre culturas, proponían una estetización uniforme. Las obras africanas, asiáticas y americanas y las de distintas regiones de cada continente, quedaban “integradas” en un mismo discurso. No había, con poquísimas excepciones, fechas ni ubicación histórica y social. Todo confluía –objetos de distintas épocas, videos de selvas y música high-tech- en un espectáculo único que volvía operativos, en palabras de James Clifford, “el universalismo estético de Chirac y la ambientación mítico-natural de Nouvel” (Clifford, 2007:32).

Las cédulas destacaban la “elegancia”, la “riqueza inventiva”, la estilización y la excepcionalidad de las piezas. Pero como estos conceptos se aplicaban en forma indiferenciada a culturas diversas, y la tensión entre monumentalidad y miniaturización se marcaba en todas las áreas geográficas, sin que cambios de concepción museográfica retomaran el modo propio de cada sociedad de escenografiar sus obras, era fácil sentir incertidumbre acerca del continente en donde uno estaba. Leyó que Clifford había sorprendido una conversación entre dos visitantes que se buscaban a través del teléfono móvil: “- ¿Dónde estás?- Creo que estoy en América”.

En vez de la estetización uniforme de culturas tan diversas, escribió el arqueólogo en su diario de campo, sería más fecundo estudiar lo que se denomina patrimonio, y sus variaciones en cada época, como modos de guardar las respuestas que las sociedades se fueron dando. En cambio el arte –anotó- sería lo que una sociedad hace con aquello para lo que no encuentra respuestas: lo inestable, lo que viaja y se modifica, lo que no consolida un significado socialmente compartido o impuesto con eficacia. ¿Cómo replantear, entonces, las diferencias entre museos de arte y museos de antropología e historia?

¿Qué agregan las tecnologías electrónicas a esta historia de los usos del patrimonio y la re-construcción de identidades?

En vez de recortes patrimonialistas hechos por los arqueólogos y los historiadores del arte para aislar un repertorio de obras, con criterios estéticos tan arbitrarios como los que se fueron usando para el “patrimonio mundial”, había que reubicar las artes –pensó- como integrantes de la cultura visual y digital. Pero ¿qué hacer con las tradiciones intelectuales e institucionales que siguen diferenciando lo artístico de lo ordinario, lo histórico sedimentado de sus mutantes usos comunicacionales? Aunque no haya razones para mantener diferencias tajantes entre objetos y medios de comunicación, entre obras de arte y artefactos, persisten formas de trabajo y de apreciación que los distinguen. Cabe preguntarse si es posible utilizar de algún modo productivo esta distinción. No, por supuesto, hablando de diferencias esenciales entre ellos, sino de estrategias operativas, tal como van presentándose al llevar a cabo investigaciones y políticas culturales. Tal vez las estrategias operativas de ciertas artes, e incluso sus puestas en escena en la curaduría, como la instalación y el montaje, el video digital y el arte en la web, sirvieran –como proponía Tarel Elhaik- para avanzar hacia formas alternativas de composición, más allá de la monografía y de las películas etnográficas clásicas, del simple trabajo de campo. Quizá la tarea curatorial y sus autocríticas pudieran ser parte del trabajo de campo, de la continua invención de nuevos recursos descriptivos y representativos (Elhaik y Marcus, 2012:93 y 97).

3. Conectividad opaca

Al arqueólogo le había llamado la atención que la creación de museos se había detenido en Francia a mediados de la segunda década del siglo XXI. En parte, porque la decadencia de la economía francesa y las políticas de austeridad no permitían esas gigantescas inversiones. También porque los recursos para construir hegemonía y afirmar la diversidad se habían reorientado: desde 2015 se dedicaban a combatir el yihadismo, controlar los desplazamientos de población y la comunicación por Internet. La defensa de la excepcionalidad de la cultura

nacional, que en el siglo XX había sustentado el proteccionismo de las industrias audiovisuales francesas con fondos generosos para la promoción internacional de su cine y literatura, fue siendo reemplazada por festivales globalizados y el aprovechamiento nacionalista de acontecimientos deportivos, como las olimpiadas multiplicadas. Hasta los acontecimientos trágicos eran utilizados a fin de reinventar un lugar focal para las ciudades francesas.

Le impresionó el uso comunicacional y político dado por el gobierno de François Hollande en 2015 al atentado contra la revista Charlie Hebdo y las manifestaciones de protesta y solidaridad internacional. Se habían producido unos años antes actos terroristas por grupos islámicos en Madrid, Londres y otras ciudades europeas, pero el que ocurrió en París –además de convocar a casi cuatro millones de personas en territorio francés– reunió a líderes de primer nivel de Europa, África y Oriente Próximo. “París es hoy la capital del mundo” proclamó Hollande. Aun diarios más razonados, como El País, titularon “París, la civilización frente a la barbarie” al informar de la respuesta masiva al cruel asesinato de 17 personas (dibujantes, periodistas, policías y jóvenes judíos en una tienda kosher). Sin duda fue admirable el enérgico repudio francés e internacional. Pero el arqueólogo estaba asombrado por la construcción mediática de la polarización entre un occidente sano y los otros bárbaros, un maniqueísmo que no hallaba en las reflexiones anteriores y de años después, más críticas con la soberbia neocolonial de los ex imperios occidentales.

Muy pocos, en aquellos meses iniciales de 2015, se preguntaban si era posible hablar de las brutales masacres sin referirse a los arrasamientos bélicos de EU, Francia y el Reino Unido en Irak, Siria, la frontera libia y el terror en las poblaciones musulmanas marginadas en Francia. Nada aminora el desatino y la crueldad de los ataques en París, decía uno de los pocos analistas críticos, pero si queremos pasar de condenar a entender, del duelo a la política, es preciso descifrar la lógica que anima a los otros.

¿Cuánto puede ser explicado, según hacían demasiados comentaristas (ejemplos: Vargas Llosa y muchos gobernantes), como ataques irracionales contra la libertad de expresión y los valores democráticos occidentales y cuánto necesita ser examinado como acciones propias de guerras asimétricas en las que a los bombardeos euroestadounidenses contra sociedades “extrañas” se oponen tácticas de odio de grupos de esas sociedades, sin capacidad de pelear -o negociar más equitativamente- formas de convivencia?

Con los años supimos que los problemas de Medio Oriente o los de migrantes magrebíes en Europa no se iban a acabar el día en que existiera una Palestina independiente. En fin, se trataba de repensar las políticas del rencor, junto con la complejidad económico-bélica y cultural, no siempre religiosa, de estas interculturalidades tan mal globalizadas.

El arqueólogo anotó en su diario: creo que estoy descubriendo la radical diferencia entre las formas posmodernas de organizar las identidades en los museos (arquitectura transparente, espectacularizante, de objetos sin contexto) y la comunicación posdigital cuando las identidades pasaron a gestionarse en las redes opacas de las conexiones por teléfonos y videos clandestinos o en los aparatos de inteligencia militar. Otra mutación fue el tránsito de la condensación sólida de la cultura representada en los edificios majestuosos que guardaban el patrimonio físico a la flexibilidad de definiciones identitarias en la interconectividad. Las identidades rígidamente estructuradas por museografías que imaginaban eternos sus objetos fueron deslizándose a enunciaciones de lo diverso que iban saltando de acontecimiento en acontecimiento. Las políticas culturales imaginadas como gestión de bienes durables, sagrados, representativos de tradiciones embalsamadas fueron cambiando a políticas comunicacionales encargadas de administrar la sospecha, deseosas de adivinar una lógica en los comportamientos de millones de migrantes instalados en las propias ciudades de occidente, comunicados entre sí y con el extranjero mediante un manejo tan diestro de los recursos conectivos como el de quienes creían saber, gracias a las instituciones constructoras de identidades – escuelas, museos, televisión nacional- qué significaba ser francés, español o alemán.

Tengo que estudiar si se pueden hacer vínculos entre la reorganización socialmente regresiva de la economía mundial a partir de la catástrofe financiera iniciada en 2008 y la expansión de las redes sociales, de los iPhones y WhatsApp que comenzó alrededor de 2005. No se trata sólo de un proceso macroeconómico y macrocomunicacional. ¿Cómo cambiaron los hábitos de interacción para que las estructuras sólidas de los patrimonios que distinguían las identidades se evaporaran y reelaboraran una y otra vez, en series caóticas de acontecimientos?

4. Patrimonios administrados por extraños

Después de regresar de París a Bilbao, tomó el ómnibus para ir hasta su castillo. El arqueólogo iba viendo las aldeas abandonadas que se estaban transformando al ser vendidas a extranjeros. En los pocos meses que llevaba en esa zona, iban desapareciendo los cultivos de las granjas y las vacas. Proliferaban los carteles “Se vende” y los reporteros de las televisoras rusas y árabes que filmaban las aldeas para publicitarlas en sus países. Se dijo que ya era hora de visitar un pueblo despoblado cercano a su castillo, donde los inversores árabes venían instalando casinos, restaurantes y parques temáticos en los que los turistas podían ejercitarse jugando con antiguos picos, palas y tractores.

Cuando finalmente visitó la aldea vecina, comprendió que la densidad de los cambios le exigía volver durante varias semanas. Todavía había periodistas rusos que filmaban comerciales para sus televisoras. Pero ya se advertía que la vida no estaba regida por el ritmo de las siembras, las cosechas y las migraciones de las aves sino por los calendarios de vacaciones de los países de los cuales provenían los visitantes. Seguían celebrándose algunas fiestas vascas, aunque las fechas se habían movido para acercarlas al Ramadán y los nuevos días de conmemoración establecidos por los países árabes. El lirismo romántico occidental de la purificación por el reencuentro con la naturaleza había sido reemplazado por cantos a tradiciones iraníes y ceremonias fúnebres que aún no identificaba.

Pensó que debía hablar con algún funcionario español de turismo, o quizá de seguridad, para preguntarle si no temían que la llegada de tantos árabes con sus programas vacacionales propios incluyera cursos de adoctrinamiento. Nunca había imaginado desde China, donde las inversiones árabes, inglesas y estadounidenses debían ser aprobadas por los Ministerios de Comercio y también por el de Inteligencia Política, que en países occidentales fuera tan fácil reconvertir aldeas medievales en centro turísticos con lenguas y visitantes lejanos. Algunas actividades que observaba, en las que se usaban vestimentas, videojuegos y equipos bélicos de alta defensa ¿serían solo de esparcimiento?

5. Disidencias

Las dudas acerca de si debía incluir esta preocupación en el informe semestral al Consejo de Investigaciones chino no lo dejaban dormir. Decidió suspender estas observaciones político-económicas del patrimonio y abocarse a los cambios en la creatividad intercultural. No lo haría en relación con los conflictos interétnicos y geopolíticos sino con otras tensiones entre patrimonios. En los últimos años la antropología había extendido su noción de interculturalidad a las discrepancias entre generaciones o entre prácticas escritas, visuales y digitales dentro de la misma cultura. En los años noventa y la primera década del siglo XXI, las etnografías llamadas de localización multisituada atendieron a los desplazamientos de migrantes y la adhesión a distintos contextos en identidades biculturales. Los estudios posteriores, especialmente los referidos a jóvenes creativos, trendsetters o emprendedores, destacaban lo que podría denominarse localización incierta de las prácticas culturales.

El arqueólogo siguió con entusiasmo una investigación hecha entre 2010 y 2012 en Madrid y la Ciudad de México sobre los comportamientos de los jóvenes en artes visuales, los editores independientes, los músicos y también los que ensayaban actividades nuevas: Vjs, coolhunters, hackers. En vez de situarlos bajo la lógica de la economía creativa, los investigadores trataron de captar cómo se movían entre distintas disciplinas y profesiones para conseguir empleos y sobrevivir a la precariedad en sociedades estancadas. La multiculturalidad de los grupos de jóvenes facilitaba que todos los patrimonios culturales se volvieran para las nuevas generaciones, como aún sucede, recursos combinables. Al ser marginados del disfrute de los patrimonios tradicionales –la educación, la cultura escrita o audiovisual gestionada por mega empresas –se apropiaban de repertorios de varias sociedades, de dispositivos digitales, viajaban mucho y cumplían sus desempeños laborales en diferentes países.

A partir de esta época la noción de creatividad fue cambiando en todos los países y en todas las clases sociales al estar casi siempre vinculada a precariedad. La antropología anterior había estudiado lo precario en comunidades indígenas, pobres urbanos y migrantes. De pronto, la vida fue volviéndose insegura y frágil para todos en el capitalismo flexible. Se naturalizó que la mayoría de los trabajos fueran inestables, mal pagados y de baja calidad, que crecieran el desempleo o el subempleo sin ingresos fijos ni prestaciones, sin seguridad médica ni legal. Algunos gobernantes veían con resignación que los perjudicados buscaran recursos en actividades ilegales (eso era algo que pensaba estudiar en la desintegración provocada en México por el narco y su política de dar empleo a los jóvenes como sicarios o dealers).

A estas experiencias socioeconómicas e interculturales se agregaron la desestabilización provocada por las innovaciones tecnológicas. Las competencias aprendidas en la escuela perdieron valor en un mundo de pantallas y conexiones digitales que exigían reaprendizajes incesantes.

La idea de patrimonio fue reconfigurándose y también perdieron consistencia las calificaciones despectivas a sus usos transgresores, como la llamada piratería. No hubo sólo un pasaje de los datos a los Metadatos, del control de los bienes y la información por los Estados al espionaje universal mediante las alianzas de Estados Unidos y China con Microsoft, Google y Yahoo. Las cadenas televisivas y las distribuidoras de información siguieron seleccionando la oferta cultural en los embudos del marketing y restringiendo la innovación creativa a unos pocos canales de pago. Pero la convergencia tecnológica que agigantó a esas corporaciones es una red llena de grietas por las que se infiltran y luego se escapan movimientos discrepantes. Los dispersos agrupamientos de indignación y búsqueda de cambio abrieron otras formas de concebir el patrimonio, repensar lo propio, lo que nos hace pertenecer e identificarnos.

Esos movimientos disidentes convergían raras veces. En aquellos años en Egipto defendían plazas emblemáticas para que no fueran convertidas en centros comerciales; en Chile, la educación gratuita y de calidad; en poblaciones indígenas, las formas comunitarias de apropiación y gestión de los bienes naturales y sociales. Junto a esas defensas de lo público local o nacional, avanzó internacionalmente el procomún, como modelo de socialidad basado en la colaboración en red, como acervo de productos culturales y herramientas para producirlos y ponerlos a libre disposición de quienes desearan usarlos.

Decía Margarita, una entrevistada española en el estudio sobre jóvenes creadores independientes: "Me has legado un mundo en el que lo más que voy a tener va a ser una habitación, vale. Nunca tendré un trabajo fijo, vale. Nunca tendré jubilación, vale. Pero quiero estar conectado, quiero acceso a la cultura, porque la cultura es abundante, y como es abundante no me apliques ahí una escasez artificial. Y ahí hay una lucha que no tiene una expresión ideológica de izquierdas o derechas, va por otra galaxia."

Fue en aquellos años, pensaba el arqueólogo, que los antropólogos tuvieron que hacer etnografía de localización incierta, de heterogeneidad multitemporal, en la que la descripción de comportamientos respecto de los patrimonios fue moviéndose a la combinación de miradas sobre usos desplazados de repertorios sobrevivientes de culturas diversas. Hubo que estar menos pendientes de identidades que de zonas de intercambio y reconocer que la precariedad era fuente de creatividad y también un laboratorio de desintegración social y política, de ingobernabilidad cultivada y muertes prematuras.

¿Conseguiría financiamiento para su viaje a México? Del gobierno mexicano le habían enviado nuevos formularios, porque los fondos – si los obtenían– provendrían de Televisa y Amazon mexicana. Esto le dio esperanzas porque conocía al importador chino de telenovelas mexicanas. Pensó escribirle. Se acordó que su amigo había influido para que las inversiones chinas en América Latina se ampliaran de los recursos naturales a la compra de infraestructura audiovisual y justamente eso había elevado a China como primer socio comercial en la región por encima de los Estados Unidos. Aunque supo que su contacto chino estaba teniendo problemas porque en México, Perú y Ecuador habían perturbado el negocio movimientos de afirmación nacionalista que pedían se diera más tiempo en las televisoras a la producción latinoamericana, al menos un 30% frente al avance de las telenovelas chinas y turcas que ocupaban el 45% del tiempo en las pantallas.

En fin, lo intentaría.

6. Bibliografía

- Elhaik, Tarek y George E. Marcus (2012), "Diseño curatorial en la poética y política de la etnografía actual: Una Conversación entre Tarek Elhaik y George E. Marcus" en, Revista de Ciencias Sociales, Num. 42, Quito, enero.
- García Canclini, Néstor; Francisco Cruces y Maritza Urteaga Castro Pozo (coords.) (2012), Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales, Madrid, Fundación Telefónica/ Ariel.
- Latour, Bruno (coord.) (2007), Le dialogue des cultures. Actes des rencontres inaugurales du Musée du quai Branly, Lonrai, Babel.
- Menger, Pierre-Michel (2009), Le Travail Créateur. S'Accomplir dans L'incertain, Lonrai, Seuil/Gallimard, (Hautes Études).
- UNESCO (2013), Operational Guidelines for the Implementations of the World Heritage Convention, julio.

Cómo citar este artículo en bibliografías – How to cite this article in bibliographies / references:

GARCÍA-CANCLINI, N. (2015): "Constructores mediáticos de la diversidad". En *Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación*, 2, pp. 1-6.